

mas grande, en cuanto la familia cristiana realiza mas lo que es propio del Cristianismo, la *union*; distinta, en cuanto á que este culto está maravillosamente apropiado á las condiciones, á las necesidades y á las costumbres de la familia.

Bourdaloue, en un hermoso sermón *sobre la devoción á la Virgen*, predicado el día de la Asunción, después de haber recordado el voto de Luis XIII, del cual se hacia conmemoración en medio de las pompas nacionales de la corte, de la magistratura y de todo el pueblo, añadió estas palabras, con las que creemos no poder terminar mejor este capítulo:

«¿Quereis, mis amados oyentes, que os dé una práctica digna de vuestra piedad? Esta práctica es muy fácil, y no hay pretexto que pueda dispensaros de ella. Haced, cada uno según vuestra condicion, lo que hizo este cristianísimo y religiosísimo príncipe, cuyo voto cumplimos hoy. Luis consagró su reino á la Reina de las vírgenes: consagra la vosotros vuestras familias y vuestras cosas. Luis la ofreció su persona y las de sus hijos; ofrecedla vosotros las vuestras y las de vuestros hijos. Esto aun no es bastante; sino que, así como aquel gran monarca, por una conducta sólidamente piadosa que, tanto delante de Dios, como ante los hombres, le hizo digno del nombre de Justo; lo mismo que él quiso que su sacrificio fuese público, es preciso que nosotros no nos avergoncemos del nuestro; confesemos libremente lo que somos, puesto que la profesion de nuestra fé es la que debe salvarnos. No permitamos que los libertinos del siglo sean mas atrevidos para mofarse del culto que tributamos á Maria, que nosotros para defenderlo... Sobre todo, cristianos, acordaos de estas palabras de San Anselmo, á saber: *que, así como toda familia sólida y santamente consagrada á la gloriosa Virgen no perece, así nosotros no debemos contar con que sea bendita de Dios una familia en que la gloriosa Virgen no es honrada.*»

---

## CAPITULO IV.

### Influencia del culto de Maria sobre la sociedad.

1.º El culto de Maria ejerce una influencia sobre la sociedad.

2.º ¿Qué influencia es esta?

#### §. 1.

I. Después de una controversia amistosa que tuve yo en cierta ocasion con un incrédulo de mucho talento, pero que habia gozado por muy largo tiempo de la impiedad para que pudiera tener el gusto y el sentido del Cristianismo, la corriente de las ideas le condujo á decir una verdad, cuya impresion le dominaba hasta el punto de olvidar el sentido que de ella podia yo sacar; esta verdad era: «Si el Cristianismo desapareciese, ¿en qué vendria á parar la sociedad!!!» Esta exclamacion era hija de una idea que se le habia ocurrido, á propósito de otra verdad, cuya fuerza habia comprendido aquel hombre perfectamente, á saber: que el Cristianismo no obra solamente sobre el corto número relativo de los devotos, sino por estos, sobre la masa de los indiferentes y hasta de los impíos; y que la poca ó mucha moralidad de que se sirven para pasarse sin religion, les viene de esta misma Religion de que reniegan y de esta devoción que desprecian.

En efecto, no puede desconocerse el *poder de los centros y de los hogares*. El Cristianismo no está tan solo en los tabernáculos y en los templos, está por fuera, en las plazas,



en las casas, en las familias, en las instituciones, en las costumbres, en las ideas, en la atmósfera. La impresion inestinguible de la primera edad, es la que revive de cuando en cuando en el corazón; el recuerdo profundo de la santidad de una madre amada, de un padre venerado, se confunde con el respeto doloroso que tributamos á su memoria; la vista de un sacerdote digno, el ejemplo ó las palabras de un amigo, la inocencia de un niño, la piedad de una esposa, de una hija, de una hermana; ¿me atreveré á decirlo?... La fé y la regularidad de costumbres de un criado, de un pobre sirviente, son las cosas que *edifican* algunas veces á toda una casa, las que esparcen un perfume de religion y de virtud, que llega hasta la alta inteligencia del amo de casa para depositar en él gérmenes de moralidad que no sospecha, y que sin embargo recibe, al mismo tiempo que no se cansa de decir que le basta con su conciencia.

El Cristianismo penetra en todas partes. Nosotros vivimos, obramos y flotamos en él: *In eo vivimus, movemur et sumus*. Que llegue á secarse, que deje de alimentar la caridad de las santas doncellas que se sacrifican por aliviar todas las miserias humanas; que llegue á entibiarse el celo de los humildes religiosos que siembran su doctrina y su moral en las generaciones sucesivas del pobre y del jornalero; que se resfrie el celo de los sacerdotes que mantienen á las poblaciones rurales y á las de los arrabales en el respeto á Dios y en la paciencia para soportar los trabajos de su condición; que pierda el crédito que justamente goza la autoridad de los obispos que evangelizan incesantemente á sus diócesis, haciendo oír en tiempos determinados ó en cada circunstancia solemne que se presenta, aquella gran palabra que ha convertido al mundo y que le recuerda sus destinos; que deje de sostener y de animar esa multitud de instituciones caritativas, por las cuales penetra el Cristianismo, por decirlo así, por todos los poros del cuerpo social; que deje de inspirar esas convicciones y esos escritos que defienden palmo á palmo el patrimonio de la verdad divina y estienden el reinado de esta en las inteligencias; en una palabra, que pare el Cristianismo, un día nada más, el vasto mecanismo de su acción civilizadora; que

cese de decir y de inspirar su *Sursum corda!*.... y la sociedad se hunde.

Se hunde, para no poderse detener, ni aun en el mismo grado de descomposicion de donde ha venido á sacarla el Cristianismo, porque segun la ley de la gravedad moral, será tanto más profunda la caída, cuanto mayor sea el grado de altura á que se haya elevado.

II. Establecido esto, debemos sacar de ello, en lo que á nuestro asunto concierne, una conclusion muy sencilla, á saber: que el culto de la Santísima Virgen tiene en esta influencia del Cristianismo sobre la sociedad, la parte que tiene aquella en el Cristianismo, aun tomado en su foco.

He dicho *tomado en su foco*, porque de otro modo no sería tan solo el culto de la Virgen, sino el de la Presencia Real, el de la Divinidad de Jesucristo, el del mismo Dios vivo, los que podrian eliminarse del Cristianismo. Hoy se conocen una porcion de Cristianismos de convencion, que repudian estos diversos elementos del Cristianismo *Real*. El *Siglo* tiene el suyo, á Mr. Renan le sucede otro tanto: Strauss adolecia del mismo mal; y si Voltaire volviese al mundo, también tendría su Cristianismo aparte; porque, ¿cómo se puede combatir en el día el Cristianismo, como no sea hurtándole su título y falsificándolo? Hasta hay varios de esos Cristianismos que son de buena fé, en cuanto puede serlo el acomodar una regla á las miras y á las inclinaciones individuales que debe corregir; así sucede con todas esas sectas y matices del Cristianismo protestante, desde el puseismo hasta el unitarismo. Pero, ¿todo ese caos es el Cristianismo? ¿Quién se atrevería á decirlo con formalidad? Todo lo que se puede conceder es, que es un *Cristianismo* en diversos grados de descomposicion, cuyo foco está en el Cristianismo *integral*, en el Catolicismo; lo mismo que los distintos grados de luz y de color que se hacen sentir en una atmósfera cargada de vapores provienen del astro que vibra sus rayos desde un cielo sereno.

Luego únicamente en este foco del Cristianismo, es en donde debe estudiarse la parte del culto de la Virgen en la emision de su vivificadora influencia.



Ahora bien : este culto nos parece *inherente* al Cristianismo. Nosotros no vemos *jamás* un religioso , un sacerdote , un operario evangélico , una obra , una influencia cualquiera , que procedan directa y eficazmente del Cristianismo , que no reciban eminentemente sus inspiraciones de esta devocion. Este es un hecho.

Es preciso reconocer tambien que esta devocion es el carácter propio de la actividad y de la fecundidad cristiana , cuya profesion y perfeccion es. El rosario está pendiente de la cintura de la Hermana de la caridad , de la del Hermano de la Doctrina cristiana , de la del religioso ó del Apóstol , y el rezarlo diariamente entra en la vida práctica de todo sacerdote y de todo cristiano , en proporcion de su fervor y de su actividad en el servicio de Dios y en la aplicacion del Cristianismo. La imágen de la Virgen es el signo característico de toda obra cristiana , y sus devociones el alimento de todo celo y de toda caridad.

En una palabra , si se suprimiese todo lo que se mantiene en el Cristianismo con el culto de la Virgen , se suprimiria aquel , aun tomado en aquel foco de donde emana todo Cristianismo en el mundo y toda influencia cristiana en la sociedad.

III. No nos quedaremos mas convencidos de esto , si desde ese foco del Cristianismo dirigimos la vista hácia el sugeto colectivo de su accion , hácia aquella parte de la sociedad que se llama la *sociedad de los fieles* , los cristianos prácticos , en la acepcion mas lata de la palabra , es decir , hácia todos aquellos que entran en nuestras iglesias y que en seguida vuelven á la sociedad , á donde llevan las impresiones religiosas que han recibido , y las comunican en distintos grados á la masa que se conmueve por fuera. Si , como digo , se dirige la vista hácia esta sociedad que comprende de este modo , directa ó indirectamente á toda la sociedad , no podrá desconocerse tampoco la parte considerable que tiene el culto de la Virgen en la accion social del Cristianismo.

La Religion cristiana no tiene ninguna fiesta en que no se honre á la Virgen. Yo no hablo todavía de las devociones fa-

cultivas como el rosario , el mes de María , las cofradías , las peregrinaciones , etc. , etc. , hablo del culto regular , litúrgico y *oficial* , sin el que no se toma parte en la comunión de los fieles. El culto de Cristo , el culto *divino* propiamente dicho , en el Santo sacrificio , que es el alma de él , y en la celebracion de sus misterios mas esenciales , los misterios del Adviento , de la Natividad , de la Epifania , de la Presentacion , de la Pasion , de la Pascua y de Pentecostés , todo está impregnado del culto de la Virgen ; y recíprocamente el culto litúrgico de la Virgen , las fiestas de la Inmaculada Concepcion , de la Natividad , de la Anunciacion , de la Asuncion , están todas impregnadas del culto divino. La Asuncion , que es la fiesta de las fiestas de la Virgen , es tambien la fiesta nacional entre todas las demás , y parece que la Religion reúne y dá calor en este dia á toda la caridad cristiana , bajo las alas maternales de María. ¿Cuál debe ser , pues , la influencia de un culto tan eminente y tan colectivo ?

¿Qué diremos ahora del culto *facultativo* de la Virgen ? ¿Qué de la poderosa accion que ejerce en la sociedad ? Accion tanto mas grande , cuanto que es mas libre , cuanto que la solicitan los mismos que se hace sentir , cuanto que hace mover á las masas por su propia espontaneidad. Esas manifestaciones de las masas , de la fé que tienen en María , ¿no atestiguan una influencia profunda y verdaderamente social sobre ellas ? Esas romerías de pueblos enteros que la devocion atrae á sus santuarios privilegiados ; esas conmemoraciones de fiestas locales , en que se reúnen provincias enteras en un solo punto ; esas fundaciones de santuarios y esas erecciones de estatuas por el concurso de vastas diócesis ; esas manifestaciones de ciudades enteras movidas por el mismo entusiasmo , y que lo manifiestan con iluminaciones que convierten toda una ciudad vasta en un templo y en un santuario de María ; en fin , esas imágenes y esos oratorios que consagran , por decirlo así , nuestras viviendas ; esas medallas ó símbolos que individualizan el culto de María , haciendo de él un culto doméstico , lo mismo que es exterior y público : todas estas manifestaciones revelan una influencia que no puede menos de considerarse como la mas vasta , la mas profunda , la mas colectiva y



la mas íntima que puede sentir y espresar una sociedad.

Luego si el Cristianismo tiene una influencia vivificante sobre la sociedad moderna; si el Cristianismo es la vida de esta, es preciso reconocer que el culto de Maria tiene en esta influencia una parte inmensa.

IV. Bien sé que se dirá, que este es el Catolicismo, y que la parte muy considerable del mundo protestante atestigua la superfluidad del culto de la Virgen como *influencia* cristiana sobre la sociedad.

A esto contesto lo que ya he dicho, insistiendo en ello. El Catolicismo es al Protestantismo en el mundo cristiano, lo que en cada pais del mundo cristiano es el Cristianismo á los deistas y á los impíos.

En todo pais cristiano, los deistas y los impíos, quieran ó no quieran, viven del Cristianismo y son cristianos en cierto modo y en cierto grado. Del mismo modo en el mundo cristiano, el Protestantismo vive del Catolicismo; sufre la influencia de éste al atacarle. Lo que hay de Cristianismo en los paises Protestantes, está vivificado por la grande unidad central del Catolicismo en Europa, que obra á distancia sobre las sectas que se han separado de él, y cuya descomposicion ó cuya vuelta al seno de la Iglesia obra, por una fuerza de gravitacion proporcional, si me es permitido hablar así, que se hace sentir en diversos grados en los mas rebeldes y en los mas revoltosos. Yo no quiero otra prueba que la misma rebelion. Se ha dicho con mucha exactitud que en la blasfemia hay religion: del mismo modo hay Catolicismo en el Protestantismo, y no se protesta sino contra lo que obra. El odio especial de que es objeto el culto de la Virgen por parte del Protestantismo, atestigua de este modo la especialidad de su accion.

Y luego, ¿quién puede negar la influencia de la Francia en el mundo, y que en razon de ella, sus *hermanas*, sus apóstoles y sus soldados son á la vez lo mas francés, lo mas cristiano y lo mas piadoso que hay, con respecto al culto de la Virgen?

V. Pero no tan solo por lo que es hoy, sino por lo que ha

sido, es por donde debe apreciarse la influencia del culto de la Virgen. La sociedad presente, en todas sus partes, es hija del Catolicismo: lo tiene en la masa de su sangre. Si queremos estudiar los elementos religiosos que han entrado en su temperamento y que lo constituyen, la influencia bajo la cual ha crecido, cuyas impresiones ha llevado consigo, y que continúa haciéndose sentir, como todo lo que es primitivo y constitutivo, es preciso observar estos elementos en la época, por decirlo así, de su adolescencia, en la edad media. Por mas que hagamos, nosotros somos hijos de las *cruzadas*. Yo no quiero dar á esta espresion el sentido limitado en que pudiera tomarse, creyendo que me referia á las costumbres *sociales* de aquella época; la sociedad no puede ya volver á la edad media bajo este concepto, así como tampoco puede detenerse en la presente; no hay que cansarse, no puede; el desarrollo es la ley de su destino, pero el desarrollo en el órden inmutable de la fé. Inmutabilidad que no es un *límite*, sino una *carrera*; porque es la inmutabilidad de lo infinito, que comprende y mide todo desarrollo; la inmutabilidad de Dios, de su palabra y de sus misterios. Quiero decir, que nosotros somos los hijos de los *creyentes*, que somos *de raza* cristiana, que llevamos todos en nosotros un principio vital que remonta á la edad de nuestra formacion, y que, por consiguiente, para apreciarlo bien, es preciso observar aquella edad.

Ahora bien; ¿á qué altura estaba en la profesion del Cristianismo el culto de la Virgen? Lo hemos espuesto brevemente, y los monumentos que cubren nuestro suelo dan de ello fé. Nuestras *treinta* catedrales consagradas á la Virgen, y sin contar otra multitud de santuarios que la están dedicados, perpetúan esta devocion en medio de nosotros, con las proporciones mas sublimes y con las mas magnificas espresiones que el arte puede dar al culto, de donde recibe sus inspiraciones. Esas sorprendentes basilicas que ven hoy con sábia admiracion hasta los hombres mas indiferentes, derraman sobre nuestras almas la influencia de esa devocion á Maria que las levantó, y la hacen relumbrar á lo lejos en el espacio. Lo mismo sucede con todas las demás espresiones de la fé de nuestros padres; la poesia, la estatuaria, la pintura, la elo-



cuencia, la leyenda, los innumerables escritos teológicos, apolo-  
géticos ó ascéticos, que han sido inspirados por el culto de  
la Virgen, y que entran por tanto en esa herencia histórica de  
luces, de ciencia y de arte que recogemos hoy con tan escru-  
puloso cuidado, ejercen sobre nuestra sociedad una influen-  
cia que no podría desconocerse, sin desconocer el mismo va-  
lor que las damos. Este valor sé muy bien que para muchos  
de sus apreciadores es puramente artístico ó arqueológico;  
pero por estos mismos hombres llega á ser en la sociedad como  
una corriente de gusto, de sentimiento, de impresion y de  
opinión que influye en la creencia y en las costumbres. Estos  
son como títulos de familia vueltos á encontrar, que despiertan  
el culto de los antepasados, y de donde se exhala un efflu-  
vio de fé sencilla que nos complacemos en respirar como  
nuestro aire natal. Nosotros nos volvemos á hallar bajo esta  
impresion mas cristianos, mas católicos, é hijos mas piadosos  
de la Virgen que antes (1).

En una palabra, si es cierto que nosotros *provenimos* del  
Cristianismo, es cierto que procedemos de la Virgen que lo  
ha producido, y cuya influencia no ha cesado de vivificarlo; y  
á pesar de las profundas alteraciones que la heregía ó la im-  
piedad nos han hecho sufrir, aun puede decirse de nosotros,  
mirándonos bien, lo que se decia de nuestro Autor: *Nonne  
hic est Filius Mariæ?* ¿NO ES ESTE EL HIJO DE MARÍA?

Así la renovacion religiosa toma en nuestros dias, en  
todas partes, el carácter de una devocion particular á Ma-  
ría. El Cristianismo, cuyo eclipse ha sumido á la sociedad en  
una confusion tan espantosa, al desprenderse hoy de los va-  
pores de la impiedad, reaparece con el mismo carácter que  
tenia en la edad media. Despliega la tradicion de aquella épo-  
ca, consume la misma doctrina. ¡Tan inherente es el culto  
de la Virgen al Cristianismo! ¡tanta parte tiene este en la in-  
fluencia que el Cristianismo ejerce en la sociedad!

(1) Los periódicos americanos han contado la impresion que,  
hace un año, produjo en los Estados-Unidos la esposicion de una  
*Inmaculada Concepcion* de Murillo. Del culto del arte, pasaron  
casi los espíritus al culto de la idea y del dogma.

Pero esto vá á ponerse mas de manifiesto, si de la prueba  
de esta influencia pasamos á examinar en qué consiste y  
qué es.

## §. II.

Es de tres clases: de doctrina, de moral y de culto.

I. Hemos demostrado ámpliamente en nuestra Esposicion  
histórica la influencia doctrinal del culto de la Santísima Vir-  
gen. Bajo esta relacion capital, este culto es muy anterior á  
la edad media; data del Cristianismo primitivo, de la anti-  
güedad evangélica y apostólica. Desde entonces se nos ofre-  
ce como el elemento mas activo del triunfo de la doctrina  
sobre todas las heregías que probaron su vuelo en aquellos  
cuatro siglos primeros de lucha que la Iglesia naciente tuvo  
que sostener con la brutalidad de la fuerza y la sutileza del  
error, y que terminó con el triunfo de la Maternidad divina  
en Efeso. Este triunfo cierra la edad primitiva y abre la edad  
media; reasume la doctrina de la Maternidad divina y des-  
pliega el culto de ella. Este culto, tan considerable desde en-  
tonces, y que no ha cesado de ir creciendo despues, era la es-  
presion misma del Cristianismo vencedor. Y como es des-  
tino del Cristianismo estar siempre en lucha con el error, el  
culto de la Maternidad divina ha tenido y tendrá siempre  
en la conservacion del Cristianismo la parte que ha tenido  
en su triunfo primitivo. Este culto es el Concilio de Efeso  
continuado; es decir, el Cristianismo, cuya doctrina rea-  
sumia aquel Concilio contra todas las heregías que habian  
precedido y contra todas las que habian de venir despues.

Esta verdad no resulta únicamente de su mas solemne es-  
presion en Efeso: brilla en cada página de la historia dogmá-  
tica del Cristianismo, remontando hasta los Apóstoles. Lo  
hemos mostrado y demostrado.

No recordaremos aquí, de todos los testimonios tan fuer-  
tes, tan robustos, tan decisivos que de ello hemos produci-  
do, sino el de San Ignacio á San Cirilo, y el de San Arquelao  
en su discusion con Manés. Este Santo y elocuente obispo  
queria, como se sabe, hacer que resaltase el dogma de la



Maternidad divina que el heresiarca negaba. Para conseguirlo, fué desprendiendo uno por uno todos los anillos de la cadena de las verdades religiosas y morales, que está asida á este dogma, y demostró, ora bajándola, ora subiéndola, todo el orden social suspendido de esta cadena, del mismo modo que Homero representa al mundo colgado de la cadena de oro de su Júpiter. «Mostremos abiertamente, dice, toda la impiedad que encierra tu aserto. Si, como tú dices, Cristo no ha nacido de María, sin duda que tampoco ha padecido; porque es imposible que padezca el que no nació. Si no ha padecido, es preciso hacer que desaparezca hasta el nombre de Cruz. Suprimida la Cruz, Jesus no ha resucitado de entre los muertos. Si Jesus no ha resucitado de entre los muertos, nadie resucitará. Si nadie debe resucitar, no habrá juicio final, ni parcial. Si no hay juicio, no hay necesidad de observar los mandamientos de la ley Dios; ya no tenemos que mortificarnos, comamos y bebamos porque tenemos que morir mañana. Todas estas cosas se encadenan para el que niega que Jesus ha nacido de Maria. Por el contrario, si confiesas este nacimiento, la Pasion le sigue necesariamente; á la Pasion sigue la Resurreccion; á esta el Juicio; y se salvan todos los preceptos de la Escritura. Esto, concluye, no es una cuestion vana, sino que abraza muchas cosas en estas pocas palabras: LO MISMO, PUES, QUE TODA LA LEY Y LOS PROFETAS ESTAN CONTENIDOS EN EL DOBLE PRECEPTO, LO MISMO PENDE TODA NUESTRA ESPERANZA DEL PARTO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA.»

Esto es cierto, de una verdad absoluta, como la esperiencia viene á confirmarlo.

Muchas gentes se jactan de ser morales sin religion, de ser religiosos sin Cristianismo, y otras, en fin, de ser cristianos sin ser devotos de la Virgen. Oponen el ejemplo del sentimiento religioso en la antigüedad pagana, tal como se halla en los escritos de los poetas y de los filósofos, etc.—Aun cuando yo concediera todo esto, no por eso dejaria de ser menos verdadero que lo que tendria lugar con respecto á algunos individuos, no podria tenerlo con respecto á la sociedad, como sociedad. ¿Puede esta pasar sin una religion positiva? Nó. ¿Puede esta tener otra religion verdadera que el Cristianismo?

Tampoco. ¿Puede subsistir este sin la creencia en la Encarnacion y sin el culto de la Maternidad divina, fórmula y alimento de esta creencia? Nó, y mil veces nó.

En efecto, como hemos visto ya, toda actividad cristiana positiva se nutre de este culto; y el Protestantismo que lo ha rechazado, ha perdido ó pierde diariamente la creencia en la Encarnacion del Verbo; y si no ha consumado su ruina cristiana es por el vigor católico de esta creencia en el mundo, creencia que se mantiene por el culto de la Maternidad divina de Maria.

Respecto á los individuos que pretenden poder pasar sin este culto y aun sin el Cristianismo, les contestaré, que se nutren de él, de hecho, como miembros parásitos de la sociedad cristiana; que si no tuviesen mas que el sentimiento religioso de los antiguos para sostener su moralidad, esta naufragaria bien pronto, como naufragaron las costumbres paganas, cuyo repugnante cuadro conocemos todos; en fin, que aquel sentimiento religioso de los antiguos no era religioso, sino en cuanto era *todo lo que podia ser* entonces en luz y en piedad, en tanto que habiendo venido el Cristianismo á agrandar la esfera del sentimiento religioso, no nos podemos limitar á lo que era aquel sentimiento en los antiguos, sin caer en la irreligion y en la impiedad:

«Grande esperanza atravesó la tierra,  
Y al cielo es fuerza levantar los ojos (1).»

Es cierto, segun esto, que, aun para los individuos, y con mas razon para la sociedad, toda religion seria y positiva consiste en el Cristianismo: es, decir, recordémoslo, en la obligacion moral de vivir bien, fundada en la creencia de un juicio futuro; en la creencia en este juicio, fundada en la creencia de la resurreccion, que nos hará comparecer ante el divino Juez; en la creencia en esta resurreccion de cada uno de nosotros, fundada en la creencia de la resurreccion de Jesucristo; en la creencia de la resurreccion de Jesucristo, fundada en su Pasion, y en la creencia de su Pasion, fundada en su *Nacimiento*.

(1) ALFREDO DE MUSSET, *Esperanza en Dios*.